
EDITORIAL

MÉXICO: ¿HAY OPCIONES PARA LA CRISIS?

México ha vivido un largo periodo de crisis económica y social. Como todo mundo sabe, después de un ilusorio periodo de bonanza por el descubrimiento de enormes yacimientos de petróleo (especialmente el de Cantarell) durante la segunda mitad de los años setenta, el presidente José López Portillo, en lugar de preparar al país para las bíblicas “vacas flacas”, despilfarró en forma obscena los cuantiosos ingresos provenientes de la venta de lo que podríamos denominar “la sangre” del sistema circulatorio de la sociedad actual. Fue por ello que en 1982, a raíz de la crisis mundial de los precios del petróleo, provocada por las grandes potencias, caímos de nuevo en el foso. Por su lado, el nuevo presidente, Miguel de la Madrid Hurtado y su grupo, en lugar de emprender una nueva etapa de la economía mexicana que preservara nuestras fortalezas, inició la aplicación de la receta neoliberal como lo exigían las grandes instituciones financieras (FMI, BM) y el gobierno norteamericano. Desde aquella fecha, hasta hoy, tanto los gobiernos priistas de Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, como los panistas de Vicente Fox y Felipe Calderón, han persistido en llevar hasta su último término una estrategia cuyo único resultado ha sido el empobrecimiento del país. Las pruebas están a la mano: durante el neoliberalismo, el país ha crecido, en promedio, 1% anual; la desigualdad se ha profundizado al grado de que 60% de las familias recibían, en 2006, menos de cuatro mil quinientos pesos mensuales frente a una elite de poder que tiene a diez representantes entre los más ricos del mundo y un sector que vive en la pobreza extrema; el TLCAN no ha sido equitativo y sólo reguló el ritmo mediante el cual las empresas transnacionales se han apoderado del comercio, gran parte de la industria y la Banca. Agregaríamos que el gobierno de Salinas de Gortari ideó un plan maquiavélico para mediatizar a los profesores-investigadores; escritores y artistas mediante la creación de becas que han tenido la función de “salvar” a la clase pensante de la crisis y, al mismo tiempo, impedir que las demandas populares adquieran voz a través de sus intelectuales y artistas.

Pero ahora tenemos una novedad: a fines de 2008, el modelo neoliberal colapsó en los Estados Unidos (con un efecto mundial) y el gobierno de George Bush se ha visto en la necesidad de anunciar, oficialmente, el estado de recesión. Ante ello, el presidente electo Barak Obama, ha declarado que impondrá regulaciones al capital financiero; fortalecerá el sector industrial en un sentido nacionalista y buscará una mayor intervención del Estado, entre otras medidas, para tratar de

encontrar una salida a la crisis. Ante esta situación, el gobierno mexicano debería iniciar también un cambio de estrategia económica que implicara un desarrollo propio y que beneficiara en alimento, trabajo, seguridad y salud a las grandes mayorías. Pero lo que ocurre es que, hasta hoy, no existen indicios de que el actual grupo gobernante esté dispuesto a ello y, por el contrario, ha manifestado que, salvo la creación de trabajos temporales, seguirá aplicando la estrategia neoliberal. El problema es que, como todos los indicadores marcan, la crisis será de larga duración y se profundizará todavía más. Por tal motivo, el gobierno de la derecha, sólo intentará aplicar paliativos para tratar de conjurar sus efectos más fuertes. ¿Será esto suficiente?

Pero si el gobierno no tomará las medidas conducentes, ¿qué puede hacer el pueblo para protegerse de los embates de la crisis?

Una vía tradicional sería la derrota de los liberales en las urnas. Como se repite incansablemente, si un gobierno no funciona, la ciudadanía debería cobrárselas en las elecciones; sin embargo, independientemente de que la democracia en México deja mucho que desear, el panorama electoral de 2009 no se ve claro para la izquierda. El síndrome de las elecciones en el estado de Guerrero está presente: una izquierda dividida que permitió que el PRI tuviera acceso de nuevo al poder en la Cámara de Diputados y presidencias tan importantes como la de Acapulco. Por otro lado, las otras fuerzas de la izquierda están divididas o en crisis: el neozapatismo se opone a la vía electoral porque no desea participar en la actual estructura de poder pero, además, su movimiento se encuentra acotado y no ha querido sumar su acción a la defensa de los bienes nacionales. Un ejemplo reciente fue su silencio sobre la fuerte lucha que se dio en contra de la iniciativa de Calderón para privatizar el petróleo.

En el caso del PRD, podemos afirmar que ha ingresado en una fuerte crisis que, como es obvio, no se resolvería mediante el fallo de las autoridades judiciales en favor de una de las partes. La crisis de dicho partido proviene de la ausencia de una democracia interna desde su fundación —hace veinte años—, de la translación al seno de la izquierda, de las prácticas corporativas y clientelares que tantos beneficios le proporcionaron al PRI cuando era partido único de Estado y tantos perjuicios al pueblo, de las alianzas sin principios, de la omisión de un juicio legal a los dirigentes que recayeron en la corrupción, lo que implicó la ruptura de la relación entre ética y política y de la pérdida de identidad ideológica. El PRD, enfrentará, entonces, una posible escisión después de las elecciones intermedias de 2009 y que llevará a la conformación de un nuevo partido. Ya existen voces que proponen una refundación de la izquierda.

Finalmente, el Frente Amplio Progresista se ha escindido, entre otros factores, por la decisión de los diputados del PRD, PAN y PRI de

apoyar las reformas al sistema electoral que buscan eliminar a partidos pequeños y que no tienen fuerza específica.

Pero frente a este panorama de crisis de la que llamaremos “izquierda institucionalizada”, se encuentran diversos movimientos sociales que luchan por demandas concretas, como son: los maestros de la CNTE; el denominado “sin maíz no hay país”; el de la APPO en Oaxaca, y el importante y activo movimiento de resistencia que ha logrado organizar Andrés Manuel López Obrador, entre otros.

Como es previsible, la crisis se agravará y los sectores más desprotegidos de la sociedad expresarán su descontento de muchas maneras. Las grandes mayorías tienen que defenderse de la carestía de la vida creando asociaciones de consumidores; de la falta de información objetiva, por parte del duopolio de la televisión y la radio, generando formas de acción colectiva y/o creando medios alternativos; de la falta de incidencia en la toma de decisiones, luchando por establecer en la constitución las figuras de plebiscito, iniciativa popular, referéndum o revocación de mandato, entre otras; creando organizaciones políticas y partidos profundamente democráticos y no como ha sido hasta ahora; propiciando la información verídica y la formación de la conciencia ciudadana, como ocurrió recientemente en las comparecencias de los expertos sobre el petróleo en la Cámara de Senadores; fortaleciendo las libertades democráticas, tratando de no vulnerar a terceros sino captando su simpatía y muchas medidas más. Pero, sobre todo, es necesario preservar las libertades democráticas de manifestación, organización, libertad de prensa y otras, ya que la tentación de la derecha, ante su necedad de no cambiar su estrategia económica, ante la imposibilidad de atender las demandas sociales que ellos mismos han causado y ante la imposibilidad de detener a las organizaciones criminales del narcotráfico, pueden caer en la tentación del autoritarismo e incluso del fascismo metiendo al país en la espiral de la violencia social que se agregaría a la terrible violencia del narcotráfico y el crimen organizado que padecemos todos los días. Es por esta razón que el único camino racional es la auto-organización de la sociedad y la consolidación de una verdadera democracia en todo el país.

(GVL)